

—Hay que separarnos, niña mía—dijo él reteniéndome aún en sus brazos.

Sí, hay que separarnos, lo sé. Soy razonable y juiciosa, puesto que desato el dulce lazo en que me hallo presa.

Ambos nos dirigimos juntos á la casa sin hablar ya; en medio de nuestra ventura inmensa, nos detenemos á veces para mirarnos más y más. y sonreímos sin chistar. ¡Oh, sus ojos hermosos, brillantes; cuánto más jóvenes están hoy, alumbrando con luz de aurora!

La Sra. Elder que aguardaba en el salón, se ha levantado y sin decir palabra, estrecha á su hijo con efusiva melancolía. Aquella madre admirable siente, quizás, dasfallecer su corazón de mujer en el momento de ceder á otra el hijo adorado, la pasión de su vida. El, en medio de la satisfacción que le rodea, pensará, á su turno, que ningún afecto en el mundo habrá de valer lo que ese.

Tales consideraciones me inquietan como un remordimiento; súbita timidez hace apartarme de la madre y del hijo y llorar, resintiéndome á la vez que honda tristeza, goces inefables.

Es muy tarde ya. La Srita. Jaupy. . . ¡pobre! . . . está roncando, abajo. La tibia y plácida noche, convida á escuchar el canto de las ranas, desde sus zanjas aspirando la vida . . . ¡Oh, la vida!

El sale mañana para Paris á arreglar asuntos urgentes, á fin de poder, á continuación, no ocuparse mas que de mí: escribirá todos los días y regresará dentro de unos quince. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Será cierto? . . .

¡Oh, ese día voy á sentirme muy cohibida: ¡tantos ojos que se estarán fijando en mí! . . ¡Y qué prieta me verá por entre el blanco velo de tul!

Mas, ¿qué importa todo ello, ni qué tampoco, las

observaciones de los indiferentes? . . ¡Nos amamos tanto! . . ¡Nos amarémos tanto!!

 XXXIII.

Agosto 20.

¡Cómo te he descuidado, mi pobre cuaderno! Es que ahora tengo otro confidente de todos mis pensamientos. ¡Tantas cosas quiero decirle todas las noches, que ya no hay tiempo de escribir para mí!

Actualmente, estoy despertando á las tres de la mañana, pensando en que el correo ha de venir á las siete. ¡Con qué palpitaciones de corazón tomo de manos del cartero cada nueva carta ¡y con qué estremecimientos la abro y la recorro hasta la firma!

¡Lucas. . ! Este breve y carísimo nombre, colocado abajo de la página, lo recogen mis labios como un beso! Esas sus lindas cartas me deleitan, me arrullan con dulces embriagueces; pareceme vivir en sueño maravilloso. Procuro no hablar, de miedo de publicar mi dicha; y ni los ojos levanto, temerosa de que hasta los mas indiferentes se deslumbren con sus irradiaciones!

Agosto 25.

En medio de mi delirante alegría, no me había imaginado que un rayo pudiese caer en seco y aplastarme. El cartero me entregó esta mañana dos cartas: la de él y una de la Srita. Esther. Abrí primero ésta, para prolongar de ese modo las finas caricias que aguardaba en aquella.

Desde luego, me chocó sobre manera la extrema-

da irregularidad de la escritura y el desorden de las últimas líneas encaramadas las unas sobre las otras. Oprimida por un siniestro presentimiento, leí lo que sigue:

“Querida mía: No me siento bien. Hace algunas semanas tuve que cuidar á una niña atacada de fiebre tifoidea y el estado en que me hallo há-ceme sospechar que he contraído el mal. Pensando en que puedo morir, experimento una angustia horrible. María, Ud. es, yo creo, la única persona en el mundo que tenga por mí un afecto verdadero; y apelando á su excelente corazón y á su recto espíritu, paso á confiarle un secreto doloroso, ya que de ese modo, si la muerte viene, podré partir tranquila.

Amé á un hombre locamente. Era yo joven, ardiente, ingénua; le amé sin restricciones y le hice, sin lamentaciones y sin remordimientos tampoco, el don de mi persona. Al cabo de algunos días de ciega ilusión, tuve ¡ah! instantes de lucidez y comprendí que él no me amaba ya; que yo había sido su capricho de un cuarto de hora y que, sólo con esfuerzos, podía disimular apenas su cansancio. Herida en lo mas vivo de mi afecto y de mi orgullo, huí de aquel hombre á quien adoraba; y sin una palabra de explicación, sin un adiós, fuíme muy lejos á ocultar la desesperación de mi caída. Pronto se me impuso la espantosa certidumbre de que de aquel loco amor, que nunca fué debidamente correspondido, iba á nacer un hijo. Así, ese hijo sería mío, solamente mío, puesto que yo sólo había amado; y aquel hombre no sería su padre, debía ignorarlo siempre..! He pasado días terribles, amiga querida: pertenezco á una familia de esas que, en su exigente orgullo, no me hubiera perdonado jamás lo que el mundo llama una deshonor. He obrado en todo, con una sangre fría inalterable para que na-

die, entre mis allegados, pudiese sospechar lo mas mínimo. Mi hija nació en Niza, donde yo me detuve bajo pretexto de una bronquitis mal curada; allí la he hecho educar, alejada de mi vista y de mis caricias. No la veía mas que una vez al año, pero ignorando ella, por supuesto, que yo fuera su madre. ¡Ay! Catorce años he soportado este suplicio sobrehumano; durante catorce años he vivido separada de cuanto amaba, por que no quería tener que sonrojarme, ni delante de mi familia, ni sobre todo, delante de mi misma hija. Pensaba aguardar dos años aún, pues para entonces, maduro ya su espíritu, capaz sería de apreciarlo todo, y de compadecer á su madre sin condenarla.

Me fatigo demasiado, temo no poder terminar mi carta.

Atienda Ud. María, á mis últimas disposiciones para el caso de que ocurra la terrible desgracia. No quiero que mi hija sea conocida nunca de mi familia que no le perdonaría su origen. Le recomiendo á Ud., si es que al fin he de desaparecer, que se la entregue á su padre. Ignoro donde vive actualmente, pero Ud. lo buscará. Si no lo encuentra, ¡oh! entonces recuerde Ud. que la he querido mucho porque eso la hará amar también á mi hija ¿no es verdad?

Adjunta le envío á Ud. la dirección del colegio donde se está educando mi Lucila. Venga Ud. en seguida porque quiero entregarle unos valores que son pagaderos al portador. / Si me muero... ¡Ya no veo!.. El nombre del padre de mi hija es Lucas Elder... Ud. lo ha conocido y dará Ud. con él, no hay duda. El reconocerá á su hija... ¡se le parece tanto!

María, mi mejor amiga, cuento con Ud.—Esther Barnel.—

¿Cómo he podido leer toda esta carta sin desfallecer? Así la he leído, sin una queja, sin una lágrima. Mucho tiempo hace que mi voluntad tiene en mi cuerpo un dócil esclavo, pues no desmayo ni en los momentos más difíciles.

He vuelto á doblar la carta de mi pobre amiga y la he puesto en el cajón con la de Lucas (ésta no abierta todavía.) He mirado el reloj: ¡las nueve!

El primer tren para C. ha partido; habrá, que esperar hasta el de la noche. He pasado la mañana haciendo en mi cuarto arreglos sin importancia y procurando emplear mis manos en algo, para contrarrestar, si posible fuere, la terrible vorágine de mi pensamiento.

Durante el almuerzo, la Srita. Jaupy me preguntó:

—¿Está Ud. enferma? ¡Tiene una palidez cadavérica!

—No,—respondí—pero estoy con una gran inquietud: mi mejor amiga se halla amenazada de fiebre tifoidea y esta noche parto á verla.

Lo dije con tal entonación, que mi interlocutora se quedó mirándome, como con la duda de si sería realmente la enfermedad de mi amiga lo que tanto me afectaba.

XXXIV.

Agosto 27.

Si, como lo afirman las religiones, existe más allá de este valle de miserias, una justicia eterna é infalible, ¡que contados me sean estos días!

Antenoche, lúgubre viaje en ferrocarril á través de un campo plomizo, anegado por la lluvia. Cada vuel-

ta de las ruedas repercutía dolorosamente en mi cerebro.

Llego á C. á las diez, en noche color de tinta, y diluviando. Tengo escalofrío, mi frente quema. Luego, el alba húmeda y triste, muy triste.

A las nueve me presento en el Liceo y pido con instancias ver á la directora.

—Imposible—responde la conserje—la Señora ha pasado la noche cerca de la Srita. Esther que está muy mala; y no puede recibir á nadie.

Yo insisto.

—Sírvase Ud. llevarle mi tarjeta y decirle que la misma Srita. Barnel ha solicitado verme.

Pasan diez minutos. Siento un nudo en la garganta y que me laten con fuerza las sienes. Recorro á pasos irregulares el sonoro vestíbulo.

A este Liceo, donde fuí tan dichosa ¡qué dramáticos sucesos me han traído ahora!

Reaparece la conserje meneando la cabeza:

—La Sra. Directora le ruega á Ud. que venga por la noche: en este momento no quiere dejar que penetre persona alguna cerca de su hermana, la fiebre es muy intensa y la Srita. Barnel no reconoce á las personas que la rodean.

Héme allí de nuevo en la calle... ¿Qué voy á hacer, mientras que la noche llegue, de este cuerpo y este corazón tan agobiados?

Y sigo andando de frente, al acaso. Un mendigo andrajoso me detiene y mostrando su muñón horripilante, clama:

—¡Tenga Ud. compasión de un desgraciado!

.. Compasión!—¡Yo creo que debiera reservar para mí misma toda la compasión de que soy capaz! El mísero renueva su súplica:

—¡Compasión, dama caritativa!

Y razón tiene, en verdad. Mas digno es de lás-

tima que yo, puesto que enseña sus llagas y yo puedo ocultar la mía.

Arrojo alguna moneda al pordiosero y maquinalmente me encamino al hotel.

Durante algunos minutos, ó durante varias horas,—no sé,—doy vueltas como fiera enjaulada al rededor de mi estrecho alojamiento. Asústome del torbellino de mi mente, del estado de mis nervios en tensión hasta romperse; creo que me estoy volviendo loca.

Salgo y de nuevo me pongo á andar, tratando de calmar el pensamiento á fuerza de ejercicio corporal. Sigo hácia adelante y de prisa, como si allá, en el punto negro donde el cielo se confunde con las colinas, debiera encontrar el reposo. El rumbo que al azar he tomado, me lleva á un lugar desconocido; no puedo más, y rendida caigo al fin.

Trágico paisaje: cerca, un estanque lúgubre de agua negra é inmóvil entre los secos cañaverales; en rededor altos coníferos de hojas enlutadas que el viento no agita con el más leve estremecimiento; en el suelo, ni un grano de verdura, la hierba sucumbe dentro de la espesa costra de los sollamados pinos. Diríase que un soplo de muerte ha pasado por allí.

Experimento cierta satisfacción ante esa siniestra perspectiva que tan bien se armoniza con el estado de mi espíritu. Miro el agua estancada, silenciosa y pienso ¡cuán bien pudiera sumergirse allí mi cuerpo ruín y con él, la pesada carga de mis penas, ya que nadie vendría á demandar su secreto al fúnebre charco ni á la rústica caña!

Pero no soy yo de esos seres apocados, que esquivan la lucha desgarradora, no; quiero vivir y laborar hasta el fin. Hay en el padecer, virilmente soportado, una singular voluptuosidad: la del orgullo de la propia fuerza y grandeza morales.

El dolor pasa sobre nosotros como potente llama que destruye cuanto es débil y mezquino.

Lo conveniente es que cada cual viva según sus propensiones y su mas elevado ideal. Yo, no he sabido ¡peor para mí! El corazón que yo creía tan libre y tan fuerte, exento de pasiones egoistas; el que me figuraba tan lleno de piedad para todos, sin que estuviera subyugado á uno sólo, se ha dejado atar en un amor limitado, restrictivo y cobarde.— ¡Peor y peor! He sangrado; pero ya me curaré.

Estos pensamientos han reavivado mis energías, la luz se ha hecho en mi espíritu y ahora, sentada al borde del estanque silencioso, organizo friamente el porvenir.

Voy á partir lejos, muy lejos; voy á comenzar una vida nueva en lugares nuevos y entre gentes desconocidas, á fin de que nada me esté recordando el pasado. Y una vez allá, libre de las insanas quimeras y pacificado poco á poco mi corazón, pensaré, trabajaré, me resignaré á todos los infortunios y tenderé mi mano á los débiles y á los caídos. Y la excesiva ternura que en mí fecundiza á pesar de mi existencia solitaria, la donaré toda á todos. ¡y viviré!

... La Srita. Esther, dichosa después de tantos sufrimientos, será la mujer de Lucas y los dos se amarán en su hija. Aunque un pensamiento bulle en lo íntimo de mi ser: ¡si Esther no curara!... Entonces, entrego á la niña con su padre y luego.

Póngome en pié como impulsada por un resorte; y para mejor afirmar mi voluntad vacilante, digo alto, en medio de aquel pesado silencio:

—¡Necesario es que ella viva! ¡Necesario es que los acontecimientos se realicen de acuerdo con la lógica y con la justicia!

No tengo conciencia de la hora, pero me parece que ha pasado mucho tiempo. Vuélvome á la ciu-

dad con paso firme. Una nueva fuerza me sostiene, capaz me siento de todos los heroísmos.

Llego al hotel á eso de las cuatro, y pienso que no habiendo comido desde la víspera, debo cuidar que el cuerpo no desfallezca á la hora en que el alma tenga que escalar la dura pendiente. Hágome, pues, servir de prisa algún alimento y me dirijo otra vez al Liceo.

XXXV.

—Hija mía—me dice la directora—grandes escrúpulos me asaltan para dejar á Ud. penetrar hasta cerca de mi hermana. Ud. es joven y los peligros de contagio son inminentes. Todavía... ¡si ella pudiera reconocer á Ud., eso probablemente la calmaría un poco! En medio de su delirio, no cesa de preguntar por su «hija;» yo supongo que es Ud. á quien ella designa así.

—Sí, señora, es á mí. Ahora, le suplico á Ud. encarecidamente que me permita entrar....

Entro. Veo el rostro muy pálido de una mujer que con sus hermosos cabellos de ébano se destaca sobre la blancura de la almohada. Sus grandes ojos centellean entre un cerco amoratado. Al ruido ligero de la puerta, ella se vuelve y demanda con voz apagada, inconocible, que me hace estremecer:

—¿Es él que viene ya?... ¿Es él?

Septiembre 9.

Hoy hace trece días que la fiebre se declaró, la temperatura ha alcanzado esta noche, hasta cuarenta y un grados. El médico no ha contestado á mis ansiosas preguntas sino con señales de alarma...

¿No salvaremos á la enferma?

La directora, aunque sin ternura ni dolor profundo, llena á conciencia sus deberes velando día y noche junto al lecho de su hermana. Anoche sin embargo, como ya se cayera literalmente de fatiga, le supliqué que se acostara y yo pasé la noche á la cabecera de mi grande amiga, acompañándome una religiosa de San Vicente de Paul.

Esa noche fué la más penosa desde el principio del mal: no cesó de delirar; veinte veces la desventurada repetía en medio de su desvarío:

—Lucas!... ¡Lucas!

Yo entonces me levantaba, ponía en mis manos las suyas ardientes y procuraba tranquilizarla diciéndole al oído:

—Va á venir... ya viene... cálmese Ud.

Hacia la madrugada, después de un gran rato de silencio, la enferma, que parecía haber caído en el estado comatoso, murmuró con voz ahogada por el llanto:

—¡Lucas, Lucas!... ¿Me dejarás morir y no volverás?

Produjéronme espanto tales palabras, mi corazón contuvo sus latidos; pero me acerqué aún á ella y observando con una angustia atroz aquellos ojos extraviados, aquel semblante de muerte, volví á coger sus manos que quemaban.

Poco á poco, las facciones de la paciente empezaron á dilatarse y á recobrar su expresión, una sonrisa la animó y sus ojos se cerraron. Luego, púsose á hablar como soñando:

—¡Por fin, estás aquí, te he esperado tanto tiempo! Lucas, he vivido amándote... ¡Te amo!

¡Oh!... Bruscamente me separé de la cama y anonadada caí sobre un sillón llevándome las manos al pecho que acababa de sufrir aquella espantosa sacudida.....

La religiosa, entretanto, con la cabeza baja, repasaba las cuentas de su rosario.

Yo me cubrí la cara con las manos y lloré, lloré las lágrimas postreras que debiera arrancarme el amor; ¡mi amor perdido!

—Septiembre 15.

—La Señorita Esther se ha salvado.

Acabo de entrar en su alcoba donde se halla, aunque muy debilitada, reposando tranquila.

La besé en la frente y ella . . me vió y me sonrió. Ahora sólo está resintiendo esa postración que, naturalmente, sucede siempre á las grandes crisis.

Hay que obrar, pero evitando que cualquiera nueva impresión vaya á alterar su alma delicada.

Póngome á contemplar algunos momentos su bello y pálido rostro, y diríjole en silencio un adiós definitivo, puesto que dentro de muy poco dejaré para siempre ese Liceo donde, durante los últimos días, creo haber apurado hasta las heces el humano sufrimiento.

XXXVI.

N.—Septiembre 17.

Empieza á obscurecer y esta noche será la última que deba pasar aquí. Mañana estaré en el Havre y dentro de dos días, embarcada para el Canadá.

He encontrado, al fin y al cabo, muy lejos de aquí, en Quebec, mi albergue en un instituto donde enseñaré á las jóvenes inglesas la música, el francés y

...todo lo que quieran con tal de encontrar por allá la paz y el olvido!

Tengo ya mis libros empacados y listos para seguirme al destierro; no puedo, en cambio, llevarme también los pocos muebles de «mamá Tanita» cuando el corazón se resiste á desprenderse de ellos! Pero no nos enterezcamos por las cosas, puesto que he aprendido á ser fuerte, y desde luego si se trata de mi persona.

Sentada, como otras veces en la ventana; fijos mis ojos en ese incoloro cielo amigo que acaso ya no miraré más, caer he dejado, instante por instante, ésta mi última noche en el abismo del pasado.

No temo, tranquila como estoy, que el llanto me rinda al abandonar este suelo de Francia donde todos los míos duermen el eterno sueño.

No parece sino que los sufrimientos han templado mi fortaleza. Habituada á mostrarme, por orgullo, serena y altiva, natural ha venido á ser en mí semejante actitud; no flaqueo ya nunca, ni sola ante mí misma.

Ahora sufro ménos que al principio. Experimento un dolor sordo como el que ha de experimentar el amputado bajo la influencia aún del cloroformo. Amputada, . . eso es; aunque no me han arrancado mas que el corazón. ¡Pero se puede vivir todavía así; y viviré!

Siento, con antelación, simpatías por ese Canadá con sus horizontes desconocidos que, se me figura, habrá de acoger y apaciguar á esta pobre huérfana. Una vez allá, de por medio el vasto océano, ¿por qué no recurrir á ese calmante, el más eficaz en las amarguras, que es el trabajo?

He abierto el cajón que encierra las últimas cartas de Lucas, recibidas durante mi ausencia. Tómolas una por una, pongo con dilatada fruición mis labios sobre la cubierta que sus manos han to-

cado; recorro con la mirada aquellas letras que ya nunca veré; y las junto para reenviárselas con las que le llevarán mi último adiós. Después, dentro de algunos días, cuando el barco, en su rápida carrera, haya dejado entre él y yo, mucho, mucho espacio.

Todos estos días en que he guardado silencio ¡cuán penosos y amargos le habrán sido! ¡Cómo sufrirá su corazón! ¡Si yo pudiera, tomaría para mí sola, tales dolores!

—Pero alguien viene.

Temblando, abro la puerta. Es la Sra. Elder. ¡ah! ¿Por cual prueba no tendré que pasar?

Agobiada bajo el peso de mi propia pena, siento no obstante, que mi corazón se rompe ante la desolación de aquella madre acusando en su semblante largas noches de tormento.

Con arranque casi brutal me ha cogido de un brazo, y mirándome enfurecida:

—¿Qué se ha propuesto Ud? —exclama. ¿No sabe que mi hijo está volviéndose loco?—¿No sabe que lo he visto llorar y que he venido diez veces á llamar á esta puerta, siempre cerrada?

—Señora,—le respondí en medio de mi aflicción—perdóneme Ud, porque estoy sufriendo tanto... ó más que Ud. Perdóneme y no me pregunte nada, porque nada puedo decir. Sepa solamente que toda esperanza se ha perdido, que mañana me iré hasta el extremo del mundo y que ya no se oirá hablar de mí. ¡Olvídeme Ud, pues, señora; y sobre todo, que me olvide él!

Muéstrase ella entonces tan violenta, que me hace estremecer, sus dedos me oprimen como tenazas de hierro y prosigue con cólera:

—Pero ¿por qué, por qué destruye Ud. la felicidad de mi hijo? ¿Acaso no es Ud. mas que una

coqueta que se ha burlado de nosotros? ¡Ah! ¡Y yo, creyendo que Ud. le amaba!

Su creciente exaltación, que pronto habrá de fundirse en llanto, reanima mi energía, pues la obligo á sentarse y acto continuo, me arrodillo á sus piés:

—Compadézcase Ud. de mí—le digo—compadézcame porque sufro infinitamente sin haberlo merecido. Adoro á su hijo de Ud., lo he amado siempre y ninguna mujer es, más que yo, digna de su cariño. No puedo, sin embargo, ser su esposa porque se nos impondría á entrambos, un remordimiento. Y no me pregunte Ud. el secreto, porque no es mío. Dígame en cambio, una cosa únicamente; dígame con esa alma que yo me sé sublime y generosa cual no hay otra, ¿pudiéramos Lucas y yo ser felices con un amor que impregnado encontraríamos de inhumanidad y villanía? Cierto es que ahora vamos á sufrir los dos... los tres; pero sepamos soportar la prueba, que por encima del afecto más grande y más ardiente, se levantan la justicia y la piedad.

Abundantes lágrimas de la Sra. Elder mojaban entónces mis cabellos.

—No se aflija Ud. así—repuse emocionada—la vida no será para él la que parecen indicar los sucesos actuales; le espera aún la dicha, su herida cicatrizará con el tiempo, el porvenir le sonreirá; muchas ternuras le están prometidas; y ternuras que valdrán, acaso, mas que las mías. Por otra parte, el recuerdo doloroso que yo pudiere causar, irá disminuyendo poco á poco y su hijo amado logrará el apetecido bienestar, yo se lo aseguro á Ud.

La Sra. Elder se ha puesto en pié y me abraza con cariñosa efusión maternal, diciendo: ¡Ah! Solamente Ud. es el ser fuerte, hija mía. Yo la admiro y la bendigo... ¡Vaya Ud. pues!

¡Siga, siga por la ruta que le ha trazado el deber augusto y tremendo! Yo no podré impedirlo; pero suceda lo que suceda, mi alma y mi pensamiento acompañarán siempre á la desterrada, hasta el último día!

Gran rato permaneció todavía á mi lado. Se fué, y la noche acabó por fin de extender su obscuro manto. Yo no lo advertí; tan sólo oía el latir desesperado de mi corazón que agonizaba.

Valor, valor, valor! Dentro de dos días un gran navío zurrará el mar y me llevará ¡para siempre!... lejos, muy lejos de cuanto he conocido y cuanto he amado.....

¡Oh, piélago profundo, onda fría é impasible, arrastra contigo este corazón mutilado!

Al Señor Lucas Elder

«Villa Blanca»—

N.—(Francia.)

A bordo de «La Touraine»—Septiembre 21.

Amigo mío:

En tanto que este vapor, con su andar vertiginoso me conduce á una tierra lejana, necesario es que yo le escriba á Ud. rompiendo de un modo irrevocable los lazos que hayan podido unirnos.

Un deber imperioso nos separa. Resignémonos y ¡adiós!

El 26 de Agosto recibí de la Srta. Esther Bernel, la carta que incluía vá y le explicará á Ud. todo.

Acudí en seguida, instalándome á la cabecera de la enferma, la amiga querida á quien, sírvase Ud. recordar, debo lo poco que soy. Durante algunos días vióse á orillas del sepulcro, y en medio de la fiebre que la devoraba, llamó á Ud. cien veces con acento desgarrador de inquietud y de ternura.

Apresúrese Ud. á responder á ese llamamiento y otorgue á esa mujer exquisita toda la ventura á que tiene derecho.

No hay que sorprenderse, amigo mío, por el golpe brutal que ahora nos destroza; vea Ud. más bien, las terribles consecuencias de una falta cometida en la juventud. Por una de esas faltas que el mundo juzga con sobrada indulgencia, una noble mujer ha soportado catorce años el martirio y nuestros dos corazones se hacen hoy pedazos.

¡Vaya Ud. á la que tanto le ha amado; pero vaya lealmente y sin echar una mirada á lo que fué ayer, porque todavía lacirán para Ud. horas de dicha al ver reflorar su juventud en los ojos virginales de su hija!

Trate Ud. de ser feliz y no piense en mí.

... El sacrificio es enorme, sin duda. ¡Alejarme de Ud. para siempre, es matar en mí toda alegría y toda ilusión; es hundirme de nuevo en la lóbrega noche y sentir otra vez el frío de que su amor me había librado!

Pero soy fuerte, Ud. lo sabe. Además, llévome al destierro, conmigo, ciertos tesoros. Me llevo su libro: «A las que están solas,» ese libro querido que nació en mi corazón y fructificó en el suyo, volviéndome palpitante de esperanza y de consuelos. Guardo, asimismo, aquella carta en que me dijo: «Amo á Ud. con lo mejor de mi alma.» Me acompaña también la satisfacción, aunque triste, de haber permanecido dignamente fiel al recuerdo de mi único amor. Y en fin, por sobre todo y ante todo,

me queda el orgullo, el orgullo de poder decir cuando, volviendo los ojos al pasado, abarque, con todos sus sinsabores, mi vida desierta:

¡El dolor me ha desgarrado mil veces; pero abatido, jamás!

Maria Hoël.

FIN.

ERRATAS.

DONDE DICE	PAGINA	LINEA	DEBE DECIR
—	—	—	—
de todo lo	31	4.	de todo ello
oidos	37	7.	odios
contiouara	50	31.	continuara
esrá	60	10.	será
silencio	102	16.	silencioso
compiñas	114	19.	campiñas
alternada	117	28.	alterada
Maucalay	133	21.	Macaulay
eso	134	9.	ese